

CAPITULO VI - “¡MISERABLE DE MÍ!”

"¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. . . " (Romanos 7:24, 25).

USTED CONOCE EL LUGAR cardinal que ocupa este texto en la maravillosa Epístola a los Romanos. Se alza aquí, al final del capítulo séptimo, como el pórtico que da acceso al octavo. En los primeros dieciséis versículos del capítulo ocho se nombra al Espíritu Santo dieciséis veces; tiene en ellos la descripción y la promesa de la vida que un hijo de Dios puede vivir en el poder del Espíritu Santo, descripción que empieza en el versículo dos: *"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"*. De ahí pasa Pablo a hablar de los grandes privilegios de todo hijo de Dios, que ha de ser guiado por el Espíritu de Dios. El pórtico de acceso a todo esto se halla en el versículo veinticuatro del capítulo séptimo:

"¡Miserable de mí!"

Ahí tiene las palabras de un hombre que ha llegado al fin de sí mismo. En los versículos anteriores ha descrito cómo pugnó y luchó por sus propias fuerzas por obedecer la santa ley de Dios, y cómo había fracasado. Pero en contestación a su propia pregunta halla ahora la verdadera respuesta y exclama: *"Gracias doy a Dios por Jesucristo, Señor nuestro"*. De aquí pasa a hablar de la liberación que ha encontrado.

Partiendo de estas palabras, me propongo describir la senda por la que un hombre puede ser conducido del espíritu de esclavitud al espíritu de libertad. Usted conoce cuán claramente se nos dice: *"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor"* (Ro. 8:15). Continuamente se nos advierte que éste es el gran peligro de la vida cristiana: volver a la esclavitud; y quiero describir la senda por la que un hombre puede salir de la esclavitud a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Mejor dicho, quiero describir al hombre mismo.

En primer lugar, estas palabras son el lenguaje de un hombre regenerado; en *segundo lugar*, de un hombre impotente; en *tercer lugar*, de un hombre miserable; y en *cuarto lugar*, de un hombre que está al borde de la libertad completa.

EL HOMBRE REGENERADO

Hay muchas pruebas de regeneración desde el versículo catorce hasta el veintitrés de este capítulo siete: *"De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí"*: esto es el lenguaje de un hombre regenerado, de un hombre que sabe que su corazón y su naturaleza han sido renovados, y que el pecado es ahora un poder en él que no es él mismo.

"Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios": otra vez el lenguaje de un hombre regenerado. Cuando hace el mal se atreve a decir: *"De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí"*. Es de suma importancia comprender esto.

En las dos primeras grandes secciones de la epístola, Pablo trata de la justificación y de la santificación. Al tratar de la justificación, pone los cimientos de esta doctrina en su enseñanza sobre el pecado, no en singular, sino en plural, los pecados, las transgresiones reales y efectivas. En la segunda parte del capítulo quinto empieza a tratar del pecado no como transgresión efectiva, sino como poder. Imagínese la pérdida que habría representado para nosotros no tener esta segunda parte del capítulo séptimo de la Epístola a los Romanos, imagínese que Pablo hubiera omitido en su enseñanza esta cuestión vital de la pecaminosidad del creyente. Nos habríamos quedado sin la respuesta que todos necesitamos a la cuestión del pecado en el creyente. ¿Cuál es la respuesta? Un hombre regenerado es aquél cuya voluntad ha sido renovada, y que puede decir: "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios".

EL HOMBRE IMPOTENTE

Aquí está el error que cometen muchos cristianos: , Creen que es suficiente que la voluntad haya sido renovada; pero no es así. Este hombre regenerado nos dice: "Quiero hacer el bien, pero no tengo el poder de realizarlo". ¡Cuántas veces se nos dice que si nos lo proponemos con resolución podemos realizar lo que queremos! Este hombre estaba tan resuelto como pueda estarlo cualquiera, y sin embargo confiesa: "El querer el bien está en mí; pero no el hacerlo".

Pero usted se preguntará: "¿Cómo es que Dios hace proferir tal confesión a un hombre regenerado, con una voluntad recta, con un corazón que anhela hacer el bien, que

desea procurar con todas sus fuerzas amar a Dios?" Examinemos esta cuestión. ¿Para qué nos ha dado Dios nuestra voluntad? Los ángeles que cayeron, ¿tenían en su propia voluntad las fuerzas necesarias para mantenerse firmes? Ciertamente que no. La voluntad de la criatura no es más que un vaso vacío en que ha de manifestarse el poder de Dios. La criatura debe buscar en Dios todo lo que ha de ser. Lo tiene en el segundo capítulo de la Epístola a los Filipenses y lo tiene aquí también: la obra de Dios es obrar en nosotros tanto el querer como el hacer de su agrado. Aquí tenemos un hombre que parece decir: "Dios no ha obrado en mí el hacer". Pero se nos enseña que Dios obra tanto el querer como el hacer.

¿Cómo reconciliar esta aparente contradicción?

Usted puede comprobar que en este pasaje (Romanos 7:6-25) no aparece ni una sola vez el nombre del Espíritu Santo, como tampoco aparece el nombre de Cristo. El hombre está luchando y pugnando por cumplir la ley de Dios. En lugar del Espíritu Santo y de Cristo, se menciona la ley cerca de veinte veces. En este capítulo se nos muestra a un creyente haciendo todo lo que está en su poder por obedecer la ley de Dios con su voluntad regenerada. No es esto sólo: puede también comprobar que las monosílabas *yo*, *mí*, *mi* aparecen en el mismo capítulo más de cuarenta veces. Es el *Yo* regenerado procurando en su impotencia obedecer la ley sin ser lleno del Espíritu. Esta es la experiencia de casi todos los santos. Después de su conversión, el hombre intenta hacer lo más que puede, y fracasa. Pero si somos traídos hasta la plena luz, ya no necesitamos fracasar más. Tampoco tendremos que fracasar en absoluto si hemos recibido en nuestra conversión la plenitud del Espíritu.

Dios permite ese fracaso para que el hombre regenerado aprenda su propia total impotencia. Es en el curso de esa lucha cuando cobramos sentido de nuestra total pecaminosidad. Es el modo como Dios trata con nosotros. El permite que el hombre se esfuerce en cumplir la ley a fin de que, al esforzarse y pugnar por conseguirlo, pueda llegar a esta convicción: *"Yo soy un hijo de Dios regenerado; pero soy totalmente incapaz de obedecer su ley"*. Vea qué fuertes términos se usan a través de todo este capítulo para describir esta condición: *"Mas yo soy carnal, vendido al pecado"*. *"Pero veo otra ley en mis miembros, . . . que me lleva cautivo"*; y, finalmente, *"¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"* Este creyente que aquí se postra en honda contrición es totalmente incapaz de obedecer la ley de Dios.

EL HOMBRE MISERABLE

El que hace esta confesión no es sólo un hombre regenerado y un hombre impotente, sino un hombre miserable. Es sumamente desgraciado y miserable; y ¿qué es lo que le hace sumamente miserable. El hecho de que Dios le ha dado una naturaleza que le ama. Es profundamente desgraciado porque siente que no está obedeciendo a su Dios. Dice con quebranto de corazón: "No soy yo quien lo hago, pero estoy bajo el espantoso poder del pecado, que me tiene dominado. Soy yo, y no soy yo. ¡Ay! ¡Ay! Soy yo mismo: tan estrechamente ligado estoy a él, y tan estrechamente está entretejido con mi propia naturaleza". Alabado sea Dios cuando un hombre aprende a decir desde lo más profundo de su corazón: "¡Miserable de mí!" Está en el camino hacia el octavo capítulo de Romanos.

Hay muchos que hacen de esta confesión un comodín para pecar. Dicen que si Pablo tuvo que confesar así su debilidad e impotencia, ¿quiénes son ellos para intentar superarle? Y el llamado a la santidad se deja tranquilamente de lado. ¡Ojalá cada uno de nosotros hubiera aprendido a decir estas palabras en el mismo espíritu en que aquí están escritas! ¿Nos estremecemos muchos de nosotros cuando oímos hablar del pecado como la abominación que Dios odia? ¡Ojalá todos los cristianos que siguen pecando y pecando tomaran a pecho este versículo! Si alguna vez profiere una palabra hiriente, diga: "¡Miserable de mí!" Y cada vez que se encoleriza, arrodílese y comprenda que Dios no pensó nunca que ése fuera el estado en que habrían de permanecer sus hijos. ¡Ojalá lleváramos esta palabra a nuestra vida diaria, y la dijéramos cada vez que nuestro propio honor nos hace susceptibles, cada vez que somos sarcásticos, y cada vez que pecamos contra el Señor Dios y contra el Señor Jesucristo, en su humildad, y en su obediencia, y en su sacrificio! ¡Ojalá pueda olvidar todo lo demás y clamar: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" ¿Por qué debe decir esto cada vez que comete un pecado? Porque es cuando un hombre llega a hacer esta confesión cuando la liberación está cerca.

Y recuerde que no fue sólo el sentirse impotente y cautivo lo que le hacía desgraciado, sino sobre todo el sentimiento de pecar contra su Dios. La ley estaba haciendo su obra, haciendo al pecado sobremanera pecaminoso a sus ojos. El pensamiento de que estaba

continuamente afligiendo a Dios se le hizo absolutamente insoportable: fue esto lo que le hizo proferir el grito penetrante "¡Miserable de mí!" Mientras no hablemos y razonemos más que sobre nuestra impotencia y nuestro fracaso, y sólo intentemos averiguar el sentido del capítulo siete de Romanos, no sacaremos mucho provecho; pero una vez que cada pecado añada intensidad al sentido de nuestra miseria, y sintamos nuestro estado no sólo como un estado de impotencia, sino de enorme culpabilidad efectiva, nos sentiremos impulsados no sólo a preguntar: "¿Quién nos librará?", sino a exclamar: "Gracias le doy a Dios por Jesucristo mi Señor".

EL HOMBRE CASI-LIBERADO

Este hombre ha intentado obedecer la hermosa ley de Dios, la ha amado, ha llorado por su pecado, ha intentado vencer, ha intentado dominar falta tras falta, y siempre ha acabado en fracaso.

¿Qué quiso decir con "este cuerpo de muerte"? ¿Quiso decir mi cuerpo cuando muera? Ciertamente que no. En el octavo capítulo tenemos la respuesta a esta pregunta en las palabras: "Si por el Espíritu hacéis morir **las obras de la carne**, viviréis". Ese es el cuerpo de muerte del que está buscando liberación.

¡Y ahora está al borde mismo de la liberación! En el versículo veintitrés del capítulo siete encontramos estas palabras: *"Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros"*. Es un cautivo el que grita: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Es un hombre que se siente atado. Pero fíjese en el contraste en el versículo dos del capítulo ocho: *"La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"*. Esa es la liberación por medio de Jesucristo Nuestro Señor; la libertad que el Espíritu trae al cautivo. ¿Es posible seguir teniendo cautivo a un hombre que ha sido libertado por "la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús"?

Pero usted dirá: el hombre regenerado, ¿no tenía el Espíritu de, Jesús cuando hablaba en el capítulo sexto? Sí, pero *no sabía lo que el Espíritu Santo podía hacer por él*.

Dios no obra por su Espíritu como obra por medio de una fuerza ciega de la naturaleza. A su pueblo lo guía como a seres racionales e inteligentes, y por tanto cuando quiere darnos el Espíritu Santo que ha prometido nos lleva primero al fin de nosotros mismos a la convicción de que, aunque hemos estado esforzándonos por obedecer la ley de Dios, hemos fracasado. Cuando hemos llegado a ese fin, nos muestra entonces que en el Espíritu Santo tenemos el poder de obedecer, el poder de vencer, y el poder de una verdadera santidad.

Dios obra el *querer*, y está pronto a obrar el *hacer*; pero, por desgracia, muchos cristianos entienden mal esto. Creen que, puesto que tienen la voluntad, eso basta y son capaces ahora de hacer el bien. No es así. La voluntad nueva es un don permanente, un atributo de la nueva naturaleza. El poder de obrar el bien no es un don permanente, sino que tiene que ser recibido, en cada momento, del Espíritu Santo. Es el hombre que es *consciente de su propia impotencia como creyente* el que aprenderá que, por el Espíritu Santo, *puede vivir una vida santa*. Este hombre está al borde de la gran liberación; el camino para el glorioso capítulo octavo está preparado. Y ahora le hago esta pregunta solemne: ¿Cómo está usted viviendo? ¿Está en el "¡Miserable de mí? ¿Quién me librará?", con, de vez en cuando, una pequeña experiencia del poder del Espíritu Santo, o vive en el "¡ Gracias doy a Dios por Jesucristo!" La ley del Espíritu me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

Lo que el Espíritu Santo hace es dar la victoria. *"Más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis"*. Es el Espíritu Santo el que hace esto, la tercera Persona de la Divinidad. Él es quien, cuando el corazón se abre de par en par para recibirle, viene a reinar en él, y mortifica las obras de la carne día tras día, hora tras hora, momento tras momento.

Quiero concretar todo esto. Recuerde, querido hermano, que lo que necesitamos es llegar a la decisión y a la acción. Hay en la Escritura dos clases muy diferentes de cristianos. La Biblia habla en Romanos, Corintios y Gálatas de ceder a la carne; y esa es la vida de decenas de millares de creyentes. Toda su falta de gozo en el Espíritu Santo, y su falta de la libertad que da el Espíritu Santo, se debe exclusivamente a la carne. El Espíritu está en ellos, pero es la carne la que gobierna sus vidas. Lo que necesitan es ser guiados por el Espíritu Santo. ¡Pluguiera a Dios que yo pudiera hacer que cada hijo suyo se diera cuenta de lo que significa que el Dios eterno haya dado a su Hijo amado,

Cristo Jesús, para velar sobre usted cada día, y de que todo lo que tiene que hacer es confiar; y de que la obra del Espíritu es capacitarlo en todo momento para recordar a Jesús, y para confiar en El! El Espíritu ha venido para asegurar que no se rompa en ningún momento el eslabón que nos une a Jesús, ¡Alabado sea Dios por el Espíritu Santo!

¡Estamos tan acostumbrados a pensar en el Espíritu Santo como un lujo, para tiempos especiales, o para ministros y hombres especiales! Pero el Espíritu Santo es necesario para todos los creyentes, y en todo momento. Alabe a Dios porque lo tiene, y porque le da la plena experiencia de la liberación en Cristo al librarlo del poder del pecado.

¿Quién quiere tener el poder y la libertad del Espíritu Santo? Hermano, inclínese delante de Dios con un grito definitivo de desesperación: "Oh Dios,

¿tengo que seguir pecando así para siempre? ¿Quién me librá, desgraciado de mí, de este cuerpo de muerte?" ¿Está dispuesto a hundirse delante de Dios en ese grito, y a buscar el poder de Jesús para que more y obre en usted? ¿Está dispuesto a decir: "Doy gracias a Dios por Jesucristo"?

¿De qué nos sirve ir a la iglesia o asistir a convenciones, estudiar nuestras Biblias y orar, si nuestras vidas no están llenas del Espíritu Santo? Esto es lo que Dios quiere, y ninguna otra cosa nos hará aptos para vivir una vida de poder y de paz. Sabía usted que cuando un ministro, del Evangelio, o padre o madre enseña las doctrinas, cuando hacen una pregunta, esperan una respuesta. Pero ¡cuántos cristianos se contentan con esta pregunta: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?", sin dar nunca la respuesta! En vez de responder, se quedan callados. En vez de decir: "Doy gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro", siguen repitiendo eternamente la pregunta sin la respuesta, Si quiere la senda que conduce a la plena liberación de Cristo, y a la libertad del Espíritu, tómela a través del capítulo séptimo de Romanos, y diga después: "Doy gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro" No se contente con seguir siempre lamentándose, sino diga: "Yo miserable, doy gracias a Dios por Jesucristo, aún cuando no lo veo todo, voy a alabar a Dios.

Hay liberación, hay libertad en el Espíritu Santo. El reino de Dios es "gozo en el Espíritu Santo".

